

causa principal de esta venida fue para reformar la naturaleza del hombre decaída, é incitar poderosamente á la justicia nuestrós ánimos, que estaban apartados de ella y de la piedad. Y para que mejor entendais esto, procuraré explicarlo lisa y llanamente (como se dice). Se ha de saber, pues, que dos cosas nos son principalmente necesarias para que podamos andar por el camino de la salud y justicia: estas son el conocimiento de lo que debemos hacer, y la propension de la voluntad para hacerlo: es decir, que sepamos de qué modo se debe practicar la justicia, y despues con qué ánimo debemos practicarla. Porque muchos saben de qué modo se debe vivir, los cuales, sin embargo, enredados de sus pasiones, rehusan y huyen con vehemencia aquel mismo método de vida que aprueban. Y de estas dos cosas la primera es mucho mas fácil. Porque instruidos parte por la luz de la naturaleza, y parte por la doctrina de la ley, conocemos de algun modo qué debemos seguir y qué debemos huir. Porque ¿quién hay que ignore que se deben detestar el perjurio, la mentira, el hurto, el homicidio y el adulterio? Y por el contrario, que deben seguirse la castidad, la humildad, la caridad, y finalmente todas las virtudes? Pues ¿qué falta á los hombres para la piedad y justicia? Falta una cierta y firme voluntad de hacer lo que saben. Porque ¿cuán muchos son los que sabiendo que la virtud y bondad son muy apetecibles, sin embargo vencidos de sus pasiones las dejan? Á estos principalmente parece conviene aquello del poeta: *Video meliora proboque, deteriora sequor*. Veo lo mejor y lo apruebo, y sigó lo peor. Pues en esta miseria cayó el hombre por el pecado comun de la naturaleza. De donde necesariamente se siguió que cojease en el camino de Dios, porque conociendo de algun modo lo que debía hacer, sin embargo por su afecto y voluntad estaba muy léjos de hacerlo. ¡Oh y cuán muchos hay que viven en este miserable estado, los cuales teniendo noticia de la vida eterna, y sabiendo que para ella es necesaria la obediencia de los mandamientos divinos, con todo se horrorizan de ella, y la tienen cogida de fastidio; y por el contrario, apetecen con sed cuanto es dañoso á su salud! Y así proponiéndoles Dios como manjares saludables de su ánimo la vida honesta, la caridad fraternal, la templanza, el perdon de las injurias, la mansedumbre, la humildad y desprecio de los deleites; ellos, por el contrario, rehusando de todas estas cosas, siguen con un anhelo ardentísimo la liviandad, la destemplanza, la soberbia, el fasto, las riquezas terrenas y los deleites. Pues todos estos saben y conocen el camino y el mé-

todo de buena vida; pero les falta el propósito y voluntad firme de cumplirlo, sin lo cual aquel conocimiento no ayuda mucho, y aun alguna vez sirve para mayor colmo de la condenacion, respecto que ante el Juez supremo hace inexcusable su causa. Pues á esta enfermedad, como se dijo al principio, no alcanzaba ni socorria la ley que antiguamente les dió Dios; la cual les daba el conocimiento de la voluntad divina y del pecado, mas no les daba el aborrecimiento del mismo, ni el amor de la ley divina; y por esto no daba la salud á los hombres. Pues en este estado verdaderamente miserable vivia el mundo antes de la venida de nuestro Salvador y Señor. Pues qué, ¿acaso, Señor, estarán perpétuamente en esta tan grave enfermedad los hombres que criaste á tu imagen, y quisiste fueran participantes de tu felicidad? Si á ningun animalillo faltan, Señor, los beneficios de tu providencia, si atiendes á los viles gusanillos y demás reptiles, de modo que les ministras larga y magníficamente todo cuanto es necesario para la consecucion de sus bienes, ¿cómo podrá ser que desampares al hombre, por quien criaste todas las cosas? ¿Cómo quedará destituido de aquellos bienes con que pueda esforzarse y aspirar al fin por que lo criaste? Esto no es de tu providencia, la cual con mayor cuidado conserva y modera las cosas mayores.

8. Pues á esta tan grande necesidad proveyó la bondad divina de modo, que apenas podrá haber ó acontecer al hombre cosa mas feliz y deseable. Porque habiendo podido fortalecer de muchos modos nuestra debilidad, y socorrer nuestra pobreza, escogió principalmente este método de sanar nuestra naturaleza, que el mismo Criador nuestro se hiciese nuestro médico y nuestro maestro, el cual cumplirá todas las cosas. Esto á la verdad insinúan las palabras primeras de la lección evangélica, en que dice el Salvador: Si alguno me ama, guardará mi palabra, y mi Padre lo amará, y vendrémos á él, y harémós mansion en él. Pregunto, ¿qué cosa mas sublime que esta dignidad? ¿qué cosa mas apetecible para la naturaleza humana? Pensad, hermanos carísimos, dice san Gregorio, cuán grande sea esta dignidad, tener en el hospicio de su corazón el adviento del Señor. Porque así como habiendo podido la divina bondad redimir de muchas maneras al género humano, sin embargo escogió aquella que fue mas oportuna y cómoda, ya para sanar nuestra miseria, y ya para amplificar la gloria de Dios; y esta fue el encomendar esta obra á su unigénito Hijo: así al pre-

¹ Joan. xiv.

sente habiendo podido proveer á nuestra pobreza y flaqueza de otras muchas maneras, destinó esta sola, que era la eficazísima y excelentísima entre todas, y que trajera al hombre no solo mayor salud, sino tambien mayor dignidad. Pues para esto fue enviado el Espíritu Santo, para que supliera con abundancia lo que faltaba á la ley vieja, porque sanara la enfermedad de la naturaleza caída, para que encendiera con su fuego la voluntad del hombre resfriada, le excitara estando entorpecido, levantara á la que se hallaba caída, y la inflamara en el estudio y práctica de la ley divina. De esto sucedió que los que mas plenamente fueron inspirados de este Espíritu divino, buscaron despues con mayor ardor y porfía los bienes celestiales é invisibles, que habían buscado antes los bienes terrenos y visibles. Y que así había de suceder, mucho antes lo había profetizado el profeta Baruc por estas palabras¹: Porque así como fue vuestro sentido para apartaros y errar de Dios, así convirtiéndose diez veces tanto mas, lo buscaréis. Grandes á la verdad, y muy grandes son las maravillas que se predicán en las santas Escrituras de la virtud y oficio de este divino Espíritu: sin embargo este vaticinio parece que en poquísimas palabras las comprendió todas. Porque si alguno meditare en su ánimo con alguna mayor atención con cuánto ardor y afán los hombres del siglo han buscado los bienes mundanos, esto es, las riquezas, los honores, los deleites, el poder, los reinos y los imperios; si trae á su memoria los Anibales, los Césares, los Alejandro y demás potentados del mundo, y considera qué trabajos y peligros han pasado por la ambición de mandar; pensará que es bastante, y aun sobrado, el que uno busque con tanto afán y porfía los bienes celestiales, con cuanto ellos buscaron los terrenos. Pues mucho mayor deseo y ardor me promete á mí este santo Profeta, cuando dice, convirtiéndose diez veces, tanto mas buscaréis á Dios. Porque es tan grande la fuerza y el poder de este celestial Espíritu, y el pecho que ocupa, lo ilumina alguna vez, lo fortalece, lo instruye y lo enciende en el amor de las cosas celestiales, de modo que excede en mucho, en el deseo y amor de las cosas celestiales, á todos los amadores del mundo, á todos los ambiciosos, avarientos, voluptuosos y demás que están embriagados con el amor de las cosas terrenas. Porque ¿qué ardor de avariento y ambicioso es comparable con el ardor de un Pablo? ¿qué afán con su afán? y ¿qué trabajos con sus trabajos? Y yo os puedo traer no solo á un san Pablo, sino tambien á los Lorenzos,

¹ Baruch, iv.

á los Vicentes, y al ejército innumerable de Mártires, que agitados del mismo espíritu, apeteían con mayor deseo el tormento de muerte por la fe de Jesucristo, que otros la vida y gloria del mundo. ¿Por ventura no lo muestra esto claramente un san Ignacio, que se ardia en tanto fuego del martirio, que condenado á las fieras las llamaba de esta manera: Ó felices bestias, las que á mí se me preparan, cuándo vendrán? ¿cuándo las sacarán? ¿cuándo podrán comer mis carnes? Estas las deseo yo mas feroces, no suceda como con otros hicieron, que teman llegar á mi cuerpo. Lo que es mas, si se retardaren en embestir, yo me violentaré, yo me meteré en medio de ellas. ¿Qué cosa mas excelsa que este ánimo? ¿Qué cosa mas admirable? ¿De dónde este tan grande valor, sino de este Espíritu vehemente, que en este dia llenó los pechos apostólicos? Porque por esta causa vino en especie de un viento vehemente, para que la misma especie, que se presentaba á los sentidos, indicara su virtud oculta, y el ímpetu con que nos excita al amor de la piedad y justicia. Porque es propio del aire vehemente y conmovido hacer ímpetu grande en aquello que encuentra. Así vemos con qué ímpetu y velocidad se mueven las naves en el mar, cuando comienzan á soplar un aire vehemente, y faltándoles este se quedan inmóviles en medio del mar. Pues con un ímpetu semejante, el Espíritu Santo por una invisible, aunque poderosa, fuerza, incita é impele la voluntad perezosa del hombre, tibia y desidiosa para la piedad y virtud por vicio de la naturaleza corrompida. Esto lo explicó el Señor con un símil oportuno, cuando dijo¹: El Espíritu, donde quiere, sopla: y oyes su voz; pero no sabes de dónde venga, ó á dónde vaya; así es todo el que ha nacido del Espíritu. Esto es, al viento, aunque no lo veamos, entendemos su fuerza y su eficacia cuando percibimos el ruido y movimiento de los árboles excitado del viento, y alguna vez vemos tambien árboles grandes, y muy arraigados, que los arranca y troncha con su ímpetu. Esto á la verdad es lo que dice: pero no sabes de dónde venga; ni á dónde vaya; con cuya figura de locucion denotó la naturaleza del aire, remota del sentido de la vista, aunque se sienta clarísimamente su movimiento y su impulso. Pues con este símil quiso dar á entender el Señor la poderosa virtud del Espíritu divino, aunque oculta é invisible, cuando dijo: Así es todo aquel que nació del Espíritu. Y ¿quién es el que nació del Espíritu? Dame uno que segun la condicion del nacimiento primero haya servido y condescendido algun

¹ Joan. iii.

tiempo á los apetitos de la carne; y que ahora habiendo percibido la gracia del divino Espíritu, reengendrado en una nueva criatura, se esfuerce por servir no á la carne, sino al Espíritu; no á su inclinacion y propia voluntad, sino á la voluntad divina; no al mundo, sino á Dios. Este, renacido así á beneficio de la vocacion divina, siente en la realidad su ánimo mudado interiormente; siente que se enardece mucho en el estudio de la Religion, y en el amor de las cosas celestiales; siente que ahora ama lo que antes habia aborrecido, que aborrece lo que antes habia amado, que desea lo que antes le fastidiaba, y que le fastidia lo que antes apetecia con ansia; que se deleita en las cosas que le eran molestas, y que se le hacen pesadas y tristes las que antes le deleitaban. Y esto lo sabemos por las voces diarias y ejemplos de aquellos que por un singular don de Dios se convierten de todo corazon del amor del mundo al amor de Dios. Porque el uno dice, que él anteriormente gastaba su vida en el juego de náipes, ú otras diversiones semejantes; y ahora despues que gustó una gota de la dulzura espiritual, aborrece todo género de juego mas que la muerte: el otro, que dia y noche estaba desvelado por amontonar su caudal y riquezas, ahora dice que se abrasa en amor de la pobreza; y el que antes tenia costumbre de rapiñar lo ajeno, ahora por amor á la piedad expende y da lo suyo.

9. El otro, que le parecia que no podia vivir sin el comercio impuro de la carne, ahora confiesa que ha muchos años que no ha manchado con torpeza alguna el candor de la pureza, no solo de obra, pero ni aun con una palabra ó pensamiento deshonesto. Otro que antiguamente estaba dado todo al ejercicio de la caza, ó de mantener caballos de regalo, de modo que ninguna otra cosa pensaba ni meditaba, luego que comenzó á mirar con su razon los atrios del cielo, nausea á estas cosas como viles y bajísimas. Otro que estaba dado incesantemente á lectura de novelas y libros fabulosos, que con mentiras insolentes fingen horrendas batallas y sangrientos desafios, luego que gustada la dulzura del Espíritu divino se arrepintió, se avergüenza mucho de que haya podido deleitarse en tales niñerías y desvarios. Encontrarás tambien no pocas doncellas que toda su felicidad la ponian en engalanarse y en arrastrarse de todas las modas de vestidos, y estas mismas, luego que percibieron las luces de este Espíritu divino, detestan todo este adorno como un poco de estiércol y como unos paños asquerosos. Habrá otras tan locas en el amor de sus maridos é hijos, que si les sucede la

mas leve enfermedad ó dolencia, apenas se las puede poner en juicio y razon, y estas despues que gustaron la suavidad del amor divino, moderaron el amor de las otras criaturas aun las mas allegadas, de modo que llevan siempre un ánimo pronto y dispuesto á todo cuanto quiera disponer la Providencia divina en orden á ellas y sus cosas. Habrá tambien otros que digan que todo esto que se ha referido particularmente les ha sucedido á ellos todo; los cuales convencidos con este argumento, se ven precisados á clamar con el Profeta: Esta mudanza es de la diestra del Excelso. Pues todos luego que por experiencia supieron y entendieron, mostrándosela el Espíritu divino, la amenidad de los bienes celestiales, reputan en nada y desprecian, en comparacion de la dignidad y resplandor de estos, todos los otros bienes. De aquí es que dice san Gregorio: Los Santos cuando arden ya en los eternos deseos, creen un peso insoportable el oir solo las cosas del mundo. Porque reputan por cosa muy insolente é intolerable todo aquello que no suena á lo que interiormente aman. Y con estas mudanzas del hombre interior, el Espíritu Santo, que nos pone en esta disposicion, da tambien testimonio á nuestro espíritu de que somos hijos de Dios: no porque esto alguno lo pueda saber de cierto en esta vida, sino porque de ello tiene alguna vez conjeturas vehementes. Luego cualquiera que de esta ó de otras maneras semejantes está mudado de conformidad que apenas se conoce á sí mismo, y se admira de que ya él no es el que antes, este ciertamente (como antes inquiríamos) ha nacido del Espíritu Santo, cuando, depuesta la antigüedad del nacimiento primero, se trasladó á una nueva criatura.

10. Y para que alguno no estime menos de lo que es razon esta tan grande mudanza de ánimo, sepa de sentencia de san Bernardo, que es un don mas alto y divino este que el de obrar milagros. Porque este en la vida que escribió san Malaquías, varon santísimo, despues de haber hecho mencion de una mujer que resucitó por las oraciones de este Santo, refiere luego otra que estaba tan dominada de la ira y del furor, que se hacia intolerable á sus hermanos y á sus hijos, y á todos los demás. Y así doloridos los hijos, tanto por su madre quanto por ellos, la traen á presencia de Malaquías, exponiendo con llanto una queja ó causa digna de llorarse. Y el santo varon, compadeciéndose del peligro de la madre y de la incomodidad de los hijos, la llama aparte y la pregunta celoso si alguna vez habia confesado sus pecados. Respondió que nunca. Pues confésate,

la dice: obedeció, é imponiéndola la penitencia por sus culpas, y rogando por ella para que el Señor omnipotente la conceda el espíritu de mansedumbre, la manda en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo que no se enoje en adelante. Y se notó despues tanta mansedumbre, que era patente á todos que no habia sido otra cosa que una admirable mudanza de la diestra del Excelso. Dícese que vive aun, y que es de tanta paciencia y mansedumbre, que la que á todos solia exasperar, ahora no se puede inquietar con ningunos daños, con ningunas injurias ni aflicciones. Si á mí me es permitido, segun el Apóstol, dice san Bernardo, abundar en mi sentido, tómelo cada uno como quiera; yo soy de sentir que esto se debe preferir al milagro de la resucitada arriba dicha, porque allí revivió el hombre exterior, y aquí revivió solo el hombre interior. Hasta aquí san Bernardo. Á la verdad que bastantemente, como juzgo, hermanos, se puede entender la virtud y dignidad de esta admirable mudanza. Pero para que esto se vea mas claro, porque no es extraño que entendamos menos lo que antiguamente Nicodemus, maestro en Israel, ignoraba: os propondré otro ejemplar clarísimo de esta mudanza. Mirad al apóstol san Pedro en la pasion del Señor¹, que tiembla á la voz de una desalmada mozueta, negando y mas negando al Señor; y á poco despues, estando el mismo Señor presente, á cuyo obsequio acababa de ofrecer su vida, jura y perjura, detesta y anatematiza; esto es, se echa á sí mismo grandes maldiciones, diciendo que no conocia á aquel hombre. ¿Qué cosa mas flaca que este ánimo? ¿qué cosa mas apocada? Pero miremos ahora á este mismo hombre á pocos dias despues que recibió este celestial Espíritu. Este, despues de haber predicado en altas voces la gloria del Crucificado á presencia de todos, llevado á juicio y consistorio de los judíos, al que habia concurrido Anás, príncipe de los sacerdotes, y Juan Alejandro y todos los demás que eran del linaje sacerdotal, preguntado por ellos, en virtud de cuyo nombre hubiese sanado á cierto cojo, respondió estas animosas palabras de una fe inviolable²: Príncipes del pueblo y vosotros ancianos, escuchad: Puesto que hoy se nos pide razon del beneficio de este hombre enfermo, por quien este ha sido sanado, sea notorio á todos vosotros y á todo el pueblo de Israel, que en el nombre de Nuestro Señor Jesucristo Nazareno, á quien vosotros crucificasteis, y á quien Dios resucitó de entre los muertos; en él está sano este delante de vosotros. Esta es la piedra que, reprobada de vosotros, los arqui-

¹ Matth. xxvi. — ² Act. iv.

tectos, ha sido puesta en la cabeza del ángulo, y no hay salud en otro alguno. Porque no hay otro nombre debajo del cielo dado á los hombres, en que nos sea necesario ser salvos. Pregunto, ¿qué cosa mas valerosa que esta respuesta? ¿qué mas constante? ¿qué mas maravillosa? Porque ¿qué circunstancia omitió perteneciente ó al conocimiento de Cristo, ó á la declaracion de su gloria, ó para condenacion y acusacion de la perfidia ó crueldad de los pontífices y fariseos? ¿Quién te mudó así, ó feliz pescador? ¿de dónde te ha venido á tí tanto valor, una tan nueva fortaleza y tan invencible constancia? ¿quién á este pecho mujeril y tan apocado, que pocos dias antes tembló y se espantó á la voz de una flaca mujercilla, lo armó de modo que hollases y pisases con una fortaleza insuperable todo el senado y asamblea de los judíos? ¿quién á vista de este ejemplar no conocerá fácilmente la virtud y poder de este celestial Espíritu? no la admirará? no la reverenciará? no la adorará? no se esforzará, para decirlo así, con todos sus deseos por aspirar á la participacion de esta divinidad? Y lo que os he dicho de un solo Pedro, lo mismo os hubiera podido decir de todos los discípulos, los cuales, sin embargo, todos se escandalizaron en la pasion del Señor. Porque todos dejándole huyeron, de modo que aun un jóven que estaba cubierto con una sábana, estando para ser cogido por los impíos, dejando la sábana escapó de ellos, y á costa de la pérdida del pudor y de la vergüenza buscó su salud por esta torpe huida. Todas estas cosas quiso el Espíritu Santo que las notaran con cuidado los Evangelistas, para que de esta manera tanto los discípulos del Señor como todos nosotros entendiéramos que es lo que les dió el Espíritu Santo. Una cosa semejante suelen hacer los tesoreros reales, los cuales antes de comenzar á ejercer sus oficios procuran hacer presente á los reyes los bienes de sus patrimonios, para que pueda constar claramente en cuánto se hicieron mas ricos por la administracion de su oficio. Pues así, vista la anterior flaqueza de los discípulos, muestra con bastante claridad que es lo que recibieron del Espíritu Santo.

11. Mas dirá alguno acaso, está esto bien. Pero este don tan esclarecido del Espíritu Santo se concedió tan solamente á los Apóstoles, los cuales recibieron las primicias del Espíritu divino. Confieso en la realidad que así fue. Mas ¿á quién aparta el Señor de la participacion de este Espíritu? ¿á quién excluye de la comunicacion de su gracia? Y por mejor decir, ¿á quién no llama á ella de muchos

modos? Id, dice, por todo el mundo¹, predicad el Evangelio á toda criatura. Y ¿qué otra cosa es el Evangelio sino la gracia del Espíritu Santo ofrecida de balde? Y otra vez el Señor dice por san Juan²: Si alguno tiene sed, venga á mí y beba. Y esto lo decía del Espíritu Santo, que habian de recibir creyendo en él. ¡Oh voz de oro! ¡oh voz llenísima de piedad y misericordia, digna de que siempre estuviera resonando en los oidos de nuestro corazon, para que nos erigiera en deseos y esperanzas de este don celestial! Y ¿qué denota aquel convite del Profeta³: Todos los sedientos venid á las aguas, y los que no teneis plata daos prisa, comprad y comed? Venid, comprad sin plata y sin cambio alguno vino y leche; esto es, el vino del amor y la leche de la suavidad celestial. Vino los que ya os habeis puesto mas robustos, y leche todos los que como parvulillos aun en Cristo mámais los pechos. Y ¿de qué modo concuerdan estas dos cosas, venid y comprad, diciendo inmediatamente: sin plata y sin cambio alguno? Porque ¿quién compra que no sea ó por dinero ó cambio de alguna otra cosa? ¿Acaso es esto lo que dice la Esposa en los Cantares⁴: Si diere el hombre toda su hacienda por el amor, la despreciará como cosa que es nada? Porque es tanta la dignidad y grandeza de este don celestial, que, gastados todos los bienes por él, y pasados todos los trabajos del mundo por él, se dice que son nada absolutamente. De aquí es aquella voz⁵: Porque todo el oro en comparacion suya es una pequeñuela arena, y como todo se reputará la plata á vista de ella. Y ¿qué será si este don se compra y tambien se da graciosamente? Porque así como alguna vez sucede que uno es el que siembra y otro el que siega, así no es extraño que en este negocio uno sea el que compre y otro el que reciba graciosamente. Porque verdaderamente Cristo Señor nuestro nos compró este don tan grande con el precio de su sangre, y nosotros por él lo recibimos graciosamente del Padre. Esto á la verdad es lo que insinuó el Apóstol cuando dijo⁶: que nosotros habíamos sido justificados graciosamente por la redencion que hay en Cristo Jesús. Luego graciosamente hemos sido justificados, pero á costa de mucho precio hemos sido comprados; á saber, por la redencion que hay en Cristo Jesús.

12. Pero recogiendo ya las velas, para que no parezca que hemos oido inútilmente el sermón, os he de mostrar brevemente qué

¹ Marc. xvi. — ² Joan. vii. — ³ Isai. lv. — ⁴ Cant. viii. — ⁵ Sap. vii. — ⁶ Rom. vii.

debamos llevar á nuestras casas de lo dicho hasta aquí. Pues lo primero es, que demos gracias inmortales á este Espíritu divino, que en este día bajó sobre los pechos de los Apóstoles. Porque á la verdad nosotros no somos excluidos de la comunicacion de esta gracia, respecto que por nosotros se derramó sobre los Apóstoles aquel don excelentísimo. Porque habiendo decretado Dios edificar el templo de su Iglesia de piedras vivas, debió criar artifices que pusiesen sus manos á esta obra: y nosotros somos aquella fábrica y templo, por el cual se buscaron arquitectos. Esto á la verdad insinuó claramente el Apóstol, cuando escribió á los corintios¹: Todas las cosas son vuestras, séase Pablo, séase Cefas, séase el mundo, séase la vida, séase la muerte, séanse las cosas presentes, ó séanse las futuras, todas son vuestras, esto es, instituidas para vuestra salud. Y así como un padre noble regala mucho al maestro de su hijo, para que le enseñe con mayor cuidado, y honra en esto no solo al preceptor sino tambien al hijo; así el Señor cuando en este día llenó de su Espíritu á los Apóstoles, y les obligó mas así con este tan grande beneficio, á nosotros tambien nos hizo deudores del mismo favor, pues por nuestra salud se derramó sobre ellos tan á manos llenas. Porque omitiendo ahora que este mismo Espíritu (como se dijo al principio) ha de permanecer perpétuamente entre nosotros, para con su invisible direccion, magisterio é inspiración conducirnos á la bienaventuranza é inmortal vida. En este mundo debeis á la verdad contemplar dos mundos: uno natural y otro sobrenatural; uno cuyo fin es el ser de la naturaleza, y otro cuyo fin es el ser de gracia, esto es, el ser sobrenatural y divino. Porque así como Dios, autor de la naturaleza y primer motor y causa de ella, está presente y asiste á todas las cosas naturales con su perpétua providencia, é incesantemente las dirige con su concurso general á sus respectivos fines; así el mismo Señor, que es el autor de la gracia y felicidad, se porta del mismo modo en el mundo sobrenatural, esto es, en la Iglesia, insinuándose por un oculto é invisible ilapso en las mentes de los píos, y dirigiéndolos y conduciéndolos por su virtud soberana al fin sobrenatural por medio de las obras de piedad y justicia.

13. Lo segundo, es consiguiente tambien que con igual amor y afecto demos gracias á nuestro Salvador, por cuyos méritos y ruegos se derramó sobre nosotros este tan esclarecido don. Lo tercero, se colige de lo dicho, que están totalmente engañados, y yerran aquellos que tienen el camino de la virtud como inaccesible y áspe-

¹ I Cor. iii.

ro. Porque estos, así como nunca han experimentado la virtud del Espíritu Santo, así tampoco la conocen. Confieso que sin su auxilio es el camino de la virtud aun mucho mas difícil de lo que piensan; pero aspirando el Espíritu Santo, es tan fácil y suave, que con razon dijo el Profeta ¹: Deleitádome he en el camino de tus testimonios, como en todas las riquezas. Y siendo esto así, con razon se hace reprehensible la pereza y desidia de muchos. Porque ¿qué mayor flojedad que, por cosas de nada, perder un don tan grande, adquirirlo á costa de tanto precio y trabajo? Porque es tanto el don, y tanto su precio, que la grandeza de uno y otro parece que compiten entre sí. Porque si atiendes al precio, ¿qué cosa mayor? si miras al don, ¿qué cosa mas divina? Y esto no obstante, yo ciego y loco repudio el uno y el otro por no tolerar un corto trabajo. Porque ¿qué otra cosa me pide el Señor, que el que tenga sed, para que beba? pida para que reciba? busque para que encuentre? y que abra mi boca para que él la llene? Con muchísima verdad la Verdad misma dice ²: Todo el que pide recibe: y el que busca encuentra: y al que llama se le abre. De los santos Apóstoles se dijo arriba, que diez dias despues de la ascension del Señor estaban perseverando en oraciones con María madre de Jesús y las santas mujeres. Yo me ofrezco fiador por Dios de que tú has de recibir (aunque no con igual plenitud) el mismo Espíritu, si arrepentido de corazon de la vida pasada perseveras con vigilancia en la oracion: si con los Apóstoles pides con instancia, buscas y llamas. De esto tienes prendas ciertas, como es aquella promesa del Salvador ³: Si vosotros, dice, siendo malos, sabeis dar dones buenos á vuestros hijos, ¿cuánto mas vuestro Padre celestial dará espíritu bueno á los que se le pidan? Tienes tambien el testimonio del apóstol Santiago, que dice ⁴: Si alguno tiene necesidad de sabiduría, la que tiene el primer lugar entre los dones del Espíritu Santo, pídale á Dios, que la da á todos con abundancia. Pero dices: ¿de qué manera pediré? Á esto responde el mismo Apóstol: y pida no dudando en la fe. Porque entre las otras condiciones de la oracion la fe es principalmente necesaria, si queremos alcanzar lo que pedimos.

14. Pero porque os he hecho mencion de la fe, intentaré rebatir un error pernicioso de muchos con el argumento de la solemnidad del dia. Porque hay muchos, parte herejes y parte tambien fieles, que perseverando en sus maldades, se lisonjean con sola la fe, pensando que con ella sola pueden ganarse la salvacion, y en ella colo-

¹ Psalm. cxviii. — ² Luc. xi. — ³ Matth. vii. — ⁴ Jacob. i.

can la suma de toda la piedad cristiana. Esta persuasion en la realidad introducida en el mundo por arte de Satanás, es increíble de decirse cuánta mortandad de almas haya causado. Este error á la verdad (sin decir otra cosa al presente) la institucion sola de este dia de fiesta lo puede convencer y rebatir. Porque es constante que á esto se destinaron todos los conatos de Cristo, á esto miraban sus oraciones, á esto sus trabajos, á esto su encarnacion, pasion, muerte, vida, resurreccion y ascension á los cielos; á saber, para que el Espíritu Santo se nos enviara desde el cielo. Y el Espíritu Santo, si atiendes y consideras su naturaleza y esencia, es el amor con que se estrechan y abrazan entre sí con amor infinito el Padre y el Hijo. Porque así como el Hijo es el Verbo que procede del entendimiento del Padre, así el Espíritu Santo es el amor que mana de la voluntad de ambos, esto es, del Padre y del Hijo. Pues con este argumento entended, hermanos, que la caridad á la verdad es el fin de toda la religion cristiana, respecto que el Espíritu Santo, que es la caridad ó amor del Padre y del Hijo, fue el fin de todos los trabajos de Cristo: para que aquel que es esencialmente amor, inflamara nuestras voluntades en el amor de las cosas celestiales, y al modo que con un inefable nudo y lazo de amor junta al Padre y al Hijo, así uniera entre sí á todos los fieles con el vínculo ó lazo de la caridad. Y donde reina una caridad semejante, allí no tienen lugar, ni el odio, ni la envidia, ni la injuria, ni la rapiña, ni el oprobio, ni la murmuracion, ni la susurracion, ni el escándalo, ni el amor deshonesto, sino que en vez de esto dominan allí la misericordia, la benignidad, la liberalidad, la afabilidad, la mansedumbre y la suavidad. Pues estos son los oficios de una verdadera caridad, y estos mismos son los indicios por los cuales puede cualquiera hacer conjetura de si está presente en él el Espíritu Santo. Por tanto, practiquemos siempre la caridad, antepongamos á todas las cosas la caridad, pidamos á Dios con ruegos continuos el fuego de la caridad, la cual define el Apóstol, que es la suma de la filosofia cristiana, y el vínculo de la perfeccion. Es en la realidad necesaria y muy recomendable la fe, sin la cual no puede estar la caridad; pero sin embargo aquella es como el fundamento ó cimiento de la obra, y esta la consumacion de toda ella. Y es tanta la dignidad de ella, que como dice el mismo Apóstol, faltando la fe y la esperanza, sola la caridad persevera en la patria celestial. Esta se digne concedernos hoy misericordiosamente el Espíritu Santo, el cual con el Padre y el Hijo vive y reina por los siglos de los siglos. Amen.